

140+125

Chascon

contra Tarzán



Chascon

Nº 1

Año 1





Doña chimpincé es una buena mamá. No quiere que haya ruido mientras duerme su chimpincito.

CHASCON contra TARZAN

Cuando era niño, sus padres le llamaron Chascón. Era un nombre que le convenía, porque el buen muchacho parecía estar reñido con la peineta. Nunca ponía un poquito de orden en sus rizos largos y negros.

Chascón era sencillo, grandote, silencioso. Soñaba con llegar a ser un personaje importante. En las tierras del Sur de Chile tendido bajo los árboles, pasaba horas enteras entregado a sus pensamientos.

—Seré príncipe—se decía—. Y si no puedo ser príncipe, ya que vivo en una república, me convertiré en luchador y haré que en todo el mundo se hable de mis hazañas.

Un día oyó hablar de Tarzán. Le dijeron que éste era un personaje de muchas campanillas, más fuerte que un elefante y tan ágil como un mono. Vivía en la selva, muy lejos y sus aventuras tenían entusiasmados a grandes y chicos.

Chascón pensó que ésta era la ocasión más favorable para hacerse famoso. Las hazañas de Tarzán le aburrían, lo encontraba fanfarrón y ridículo, y quería darle una buena lección. De manera, pues, que una noche resolvió marcharse a la selva en busca de Tarzán... Caminó muchos días. Sufrió sed y hambre. Pero de repente se encontró frente al ansiado enemigo.

VEA EN LAS PAGINAS CENTRALES EL ENCUENTRO DE CHASCON Y TARZAN Y ASISTA A LA LUCHA QUE SOSTUVIERON AMBOS EN MEDIO DEL BOSQUE

Al final de la pelea entre Chascón y Tarzán, el vencedor le dará el nombre a la revista

CLO-CLO, el gnomo vanidoso

Hubo una vez un gnomo, llamado Clo-Clo, aunque nadie conocía la razón de eso. Pero era tan vanidoso, que nadie le tenía simpatía; ni siquiera Buencorazón, la linda hada que quería a todo el mundo.

Clo-Clo se daba mucha importancia y aseguraba ser capaz de cualquier cosa, siendo muchos los que lo creían. Decía que era más listo que los magos y las brujas, y se envanecía de ser muy poderoso.

Cierto día acudió mucha gente ante la casa de Clo-Clo; éste vendía miel y fueron a comprársela. Y Clo-Clo, al observar el dinero que acababa de ganar, empezó a envanecerse.

—Pronto seré el más rico del reino — dijo. — Tengo mucho dinero atesorado.

—Vale más ser bueno que rico — observó Buencorazón.

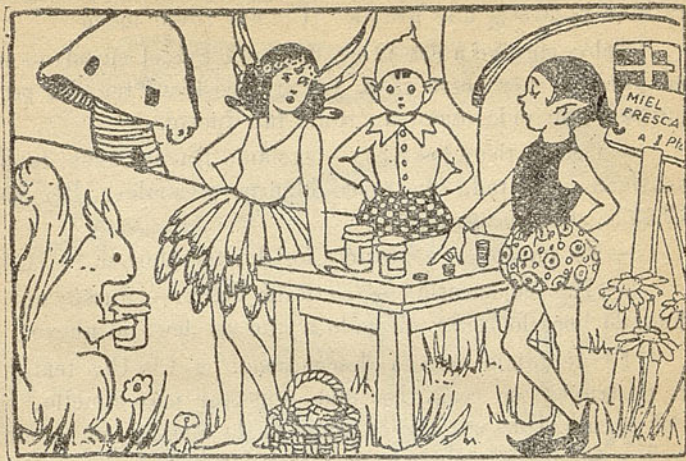
—Es preferible la salud a la riqueza — dijo a su vez el geniecillo Tolón. — Tú tienes mala cara, Clo-Clo. Estás muy flaco y yo, en tu lugar y a pesar de que te consideras muy sabio y fuerte, no estaría satisfecho.

—Si estoy flaco, es porque me da la gana — contestó Clo-Clo. — Poco me costará estar tan gordo como tú.

—Eres un embastero — aseguró la ardilla Lista.

—Puedo hacer lo que se me antoje — afirmó Clo-Clo. — Y también puedo deciros lo que quiera.

—Bueno, pues, dínos cómo se llaman los pájaros que, últimamente, pasaron por aquí volando — propuso el duende Diminuto.



Pronto seré el más rico del reino—dijo Clo-Clo.

—Mejor será que hagas bajar a uno para verlo — indicó Tolón.— Mira, ahí va uno volando.

Y señaló al cielo.

En realidad, lo que decía Tolón no era un pájaro, sino un aeroplano, aunque él lo ignoraba y lo mismo les ocurría a los demás.

Clo-Clo se vió cogido. ¿Cómo podría hacer lo que le indicaban? Ni siquiera sabía bastante magia para hacer bajar una nube, cosa muy fácil para la menos poderosa de las hadas.

Pero resolvió mostrarse atrevido. Dibujó a su alrededor un círculo, palmoteó dos veces, dió dos cabriolas y luego pronunció una sarta de palabras sin ningún significado.

Y justamente en aquel momento el aviador decidió aterrizar, porque andaba escaso de gasolina.

Empezó, pues, a describir círculos en el aire y a descender al mismo tiempo. El grupo lo miraba asombrado. ¡Qué extraño pájaro y qué grande! ¡Cuánto ruido hacía!

Tolón empezó a asustarse, temiendo que el monstruo enorme fuese a caer entre ellos. La ardilla Lista tembló, porque nunca en su vida oyera un ruido tan fuerte.

—Debajo tiene los ojos — exclamó Buencorazón, también asustada. — Mirad, son rojos, blancos y azules. ¡Por favor, Clo-Clo, dile que se aleje!

—No puedo — contestó Clo-Clo, tembloroso.

—¡Has de hacerlo! — contestó Tolón. — Puesto que has logrado hacerlo bajar, obligalo a que se eleve de nuevo.

El aeroplano seguía descendiendo y Clo-Clo temió que le destruyese su casa. No pudo soportar más aquello. Salíó del círculo. Una vez allí se metió en la madriguera de un conejo y se quedó temblando de pies a cabeza.

—¡Oh! ¿por qué aseguré que podía hacerlo bajar? — gemía. — Pero ¿cómo podía imaginarme que descendería? ¡Qué pájaro tan horrible! Estoy seguro de que va a devorarnos a todos.

Clo-Clo permaneció todo el día en la madriguera, pero al llegar la noche se aventuró a salir al campo. Miró en todas direcciones y pudo observar que el monstruo ya no estaba.

—¡Clo-Clo! — exclamó de pronto una voz que le dió un susto tremendo. — ¿Por qué te escapaste? Te aseguro que tenemos una opinión muy elevada de ti. No te creíamos capaz de hacer lo que asegurabas, pero ahora ya hemos visto lo contrario.

Quien hablaba era la ardilla Lista, que se acercó a Clo-Clo y, en bre... la imitaron Tolón, Diminuto y Buencorazón.

—Aquel monstruo extraño se posó en nuestro campo — dijo Tolón; — pero inmediatamente emprendió el vuelo y desapareció. ¿Puedes decirnos por qué?



Clo-Clo huyó a toda prisa

Clo-Clo ignoraba pero se debía a que en cuanto el aviador hubo aterrizado, vió que tenía más gasolina de la que imaginaba y reanudó el vuelo. Y, naturalmente, no observó la presencia de Diminuto, de Buencorazón y de Lista.

Sin embargo, todos estaban persuadidos de que aquel extraño pájaro había descendido obedeciendo a la orden de Clo-Clo. En cambio éste con la llegada del aeroplano recibió una buena lección y resolvió que, en lo sucesivo, no volvería a ser vanidoso.

—Nunca más haré descender a ningún monstruo del cielo—pensó.—Y tampoco seré jactancioso.

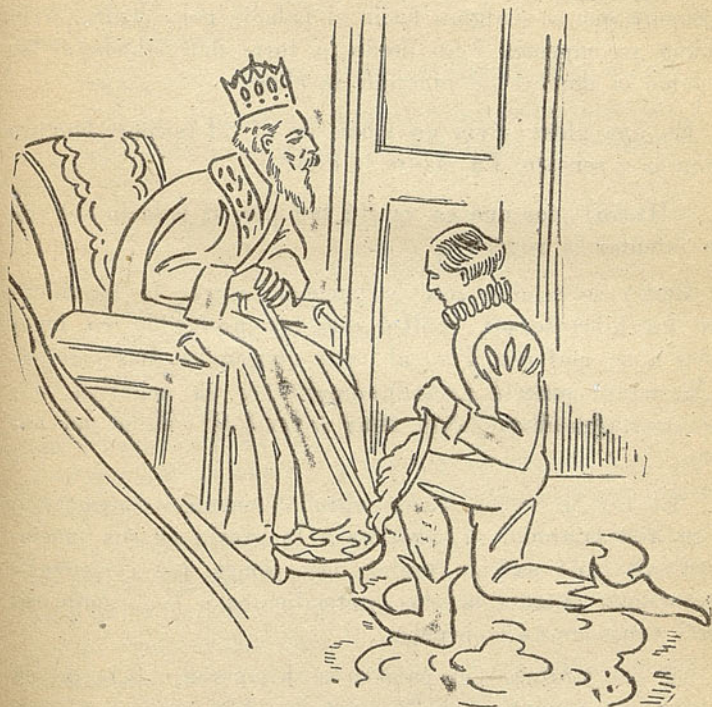
Pero lo más curioso fué que todo el mundo le tuvo, en adelante, las mayores consideraciones, a pesar de que él se conducía con humildad y modestia. Sus amigos solían acudir a las veladas de invierno a su casa, pero cuando alguien hablaba de aquel extraño pájaro, Clo-Clo se ruborizaba y guardaba silencio.

Pero un día, cuando se sintió enfermo de cuidado, escribió sus memorias, en un libro más grande que él. Gracias a lo que puso Clo-Clo en el libro, con su letra de colegial que se aplica de veras, se ha podido saber a ciencia cierta la verdad de sus pensamientos. El bueno de Clo-Clo se volvió humilde y verídico porque, en lo más hondo de su alma, sintió miedo de poseer realmente un poder sobrenatural, sin saberlo él mismo.

—A lo mejor — se decía — veo otro aeroplano y lo hago bajar como a un pajarito y mi mala suerte hace que el muy pícaro caiga sobre mi cabeza. Este sería el peor castigo que podría venirme de lo alto por ser mentiroso y más lleno de vanidad que una pompa de jabón.

Clo-Clo no mintió, pues, nunca más, mientras le quedó un sople de vida.

EL SECRETO DEL REY



Hasán se arrodilló ante el rey

Hace mucho, mucho tiempo, vivía en Persia un rey muy poderoso. Viejo y sin hijos, preocupábale dar con la persona a quien dejaría el trono.

Un día sus heraldos hicieron saber en toda Persia que

el monarca estaba dispuesto a legar su corona a quien se presentara en el palacio y se sometiera a una prueba sobre la cual nada decían los prëgoneros del bando.

En todos los caminos del reino aparecieron largas filas de jóvenes que se dirigían hacia el palacio para aspirar a la altísima recompensa. Pero desde la torre del palacio no se proclamó el nombre de ninguno de ellos.

En una aldea vivía un mozo, de oficio tejedor, hombre tranquilo y sensato. La madre le dijo:

—Hasán, ¿por qué no vas tú también al palacio del rey para intentar la prueba?

Hasán se echó a reír, y haciendo correr la lanzadera entre los hilos tensos, replicó que era preferible un buen tejedor a un mal rey. Pero al notar que en los días siguientes la madre parecía apesadumbrada por su negativa, por no contrariarla abandonó el telar y tomó el camino del palacio.

El rey al verlo, quedó agradablemente impresionado por su aire honrado, su sencillez y la gracia de sus facciones. Pero había sufrido tantas decepciones que comenzaba a temer que ninguno de los pretendientes a la recompensa saldría vencedor de la prueba.

En los jardines del palacio se levantaba, al borde de un lago, un pequeño pabellón dorado. Allí condujo el rey a Hasán.

En ese pabellón sólo se veía una copa de cristal, junto a ella un martillito de plata colgado de una cadena de oro, y una gran pila de mármol repleta de diamantes y de perlas. Hasán contemplaba asombrado esas cosas, mientras el rey le decía:

—Te dejaré solo aquí. Esperarás, sin moverte, que el

martillo de plata dé en la copa de cristal el primero de los doce toques del mediodía. Será una señal para ti. Mientras suenen los doce toques te será permitido llenarte los bolsillos con las perlas y diamantes que están en esa pila de mármol. Pero ten presente que desde el instante en que suene el último, no debes poner la mano en el tesoro que está a tu alcance.

—¿Es eso todo? — preguntó Hasán sorprendido.

—Todo. Prométeme proceder honradamente, sin tomar una sola perla ni antes del primer toque ni después del último.

—Te lo prometo — replicó gravemente Hasán.

—Quédate, pues, y que Alá te inspire.

El rey se retiró, cerró la puerta y Hasán se quedó solo, con la mirada fija en el martillito, esperando que diera el primer toque del mediodía.

Pero en el mismo instante en que el martillo golpeaba por primera vez la copa de cristal, Hasán oyó gritos de terror que pedían socorro y vió por la ventana a un anciano que había caído en el lago y se debatía desesperadamente.

—¿Qué haré?—se dijo Hasán en el momento en que sonaba el segundo toque—. ¿Perderé para siempre esta ocasión única de que mi pobre madre conozca la riqueza? Pero, ¿cómo tendré valor para llenarme de diamantes los bolsillos mientras parece a pocos pasos de mí ese infeliz anciano? No puedo cometer una acción tan inhumana.

Sin tocar el tesoro, perdiendo esa ocasión única de volverse rico, Hasán saltó por la ventana y corrió a socorrer al anciano. No tardó en sacarlo del agua y librarlo así de lo que parecía una muerte segura.

Inmediatamente se levantó un gran clamor. Todas las campanas se echaron a vuelo, resonaron todas las trompe-

tas y las escalinatas del palacio se cubrieron de estandartes.

El rey apareció con su séquito.

—Ven a mis brazos, hijo mío — dijo a Hasán—y recibe la corona. Has salido vencedor de la prueba. El anciano a quien has salvado es uno de mis fieles servidores y conocía en parte mi secreto. Cada vez que yo conducía al pabellón a un pretendiente, el anciano fingía que se ahogaba para poner a prueba los sentimientos del recién llegado. Dos hubo bastante honrados para no tocar las perlas antes de la señal — esos dos serán tus ministros—; pero tú solo renunciaste a la fortuna por salvar la vida de un semejante. Pongo en tus manos el destino de mi pueblo.

Y luego de hacer poner en pie a Hasán, que se había prosternado, lo invitó a sentarse a su diestra, mientras una litera dorada iba a buscar a la madre del joven. Pues quiso el rey que recibiera honores de reina la mujer que había criado un hijo así.

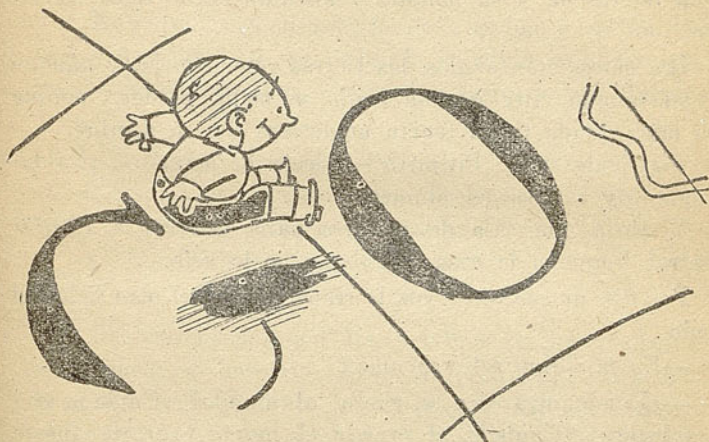
Pasaron los años y Hasán fué un rey sabio y digno.

En su país, todos le quisieron siempre mucho. Generoso, bueno, caritativo, siempre tuvo para los pobres, para los necesitados, una parte de sus tesoros. Cierta vez que uno de sus ministros no ayudó en debida forma a un mendigo viejo que le pidiera un mendrugo, Hasán se enfureció y dió orden de que, en castigo, su mal ministro fuera paseado en asno, con un letrado a la espalda, por las calles principales de la capital.

Este castigo corrigió para siempre al ministro, que desde entonces fué un hombre caritativo y bondadoso. Además, sirvió para que todo el pueblo viera cuán justiciero era Hasán, el benévolo, el magnífico rey.

Las crónicas de su época están llenas de elogios para el sabio monarca. Aseguran que no hubo nunca otro rey más digno de alabanza. Y nosotros lo creemos a pie juntillas.

PITIPITI EN EL POLO



Pitipiti solía viajar por el mapa y a veces llegaba hasta la India...

Pitipiti era tan chico, pero tan chico, tan chico, que un grillo podía servirle de caballo.

Un grillo es un caballo muy peligroso: da saltos tremendos.

Por eso la mamá de Pitipiti le decía, moviendo un dedo siete veces más grande que Pitipiti:

—¡Que no se te ocurra salir a pasear en grillo! ¡Ni siquiera en cucaracha!

Y sólo le permitía subir en un caracol.

Pero Pitipiti prefería ir a pie.

Y todas las mañanas, después del desayuno, que le servían en un plato que era un botón, daba tres vueltas alrededor del mundo.

¡Tres vueltas alrededor del mundo!

Era un mundo de cartón, grande y redondo como una pelota de fútbol, y su nombre y apellido eran Globo Terráqueo.

Los mares eran azules, las tierras color canela, y aunque era un mundo muy grande nadie se podía perder porque cada mar y cada tierra tenían un letrero con su nombre.

—¿Dónde estás, Pitipiti? — decía la mamá—. ¡Cuidado, que voy a pasar el plumero!

Y abría una caja de fósforos para encerrar a Pitipiti mientras limpiaba la casa. Miraba y no lo veía.

Por fin, un pelito de voz le respondía, en el otro lado del mundo.

—En la China estoy, mamá.

—¿Dando otra vez la vuelta al mundo? ¡Cuidado con los volcanes! ¡Cuidado al cruzar el mar! Agárrate fuerte porque el plumero hará girar el mundo. Camina sólo por la mitad de arriba.

Todo eso decía la mamá, porque el mundo está lleno de peligros.

Pero a Pitipiti nunca le pasaba nada. Nunca se cayó en el mar.

Porque cruzaba el mar como sobre un puente, saltando de letra en letra: A-T-L-A-N-T-I-C-O y caía a pie juntillas en la O, como en un almohadón.

Sólo una vez la mamá lo oyó quejarse mientras daba la vuelta al mundo. Lo alzó y lo puso en el hueco de la mano. Se lo llevó al oído y le oyó castañetear los dientes.

—¡Atchís! ¡Atchís!

—¿Qué te pasa? ¿Te has resfriado, hijo mío?

—Sí, mamá — dijo Pitipiti, temblando de frío—; me quedé dormido en el polo Norte.

La madre de Pitipiti abrió los ojos, llena de susto:

—¿En el Polo, hijito?—le preguntó.

—Sí, mamita, en el centro del Polo,—contestó Pitipiti, estornudando de una manera que daba miedo.

Entonces la madre trajo un algodón y en un pedacito casi del tamaño de un dedal le envolvió cuidadosamente y, para que se durmiera, comenzó a cantarle con dulzura:

Duérmete, Pitipiti,
hasta que nazca el sol;
cierra bien tus ojitos,
mientras te cuido yo.

Pitipiti, mecido por las palabras de su madre, comenzó a quedarse dormido. Tuvo, al poco rato, un sueño muy hermoso. Soñó que una mujer muy linda, que por su figura parecía un hada, se acercaba a su cuna chiquita y le decía a media voz:

—Pitipiti, eso te enseñará a no ser explorador, aunque tus exploraciones sólo sean en un mapamundi. Eres demasiado pequeño para que pretendas hacer grandes cosas. Conviene que seas obediente y que no te arrisques nunca mucho. Duerme tranquilo ahora, porque mañana, cuando despiertes, estarás sano ya.

Y así fué, en efecto, cosa que a Pitipiti alegró muchísimo, lo mismo que a su madre.

Pero Pitipiti no era de esos niños que son capaces de quedarse tranquilos mucho tiempo. Cuando se le olvidó lo que le había ocurrido en el Polo, volvió a ser temerario, audaz, sin miedo. Y esto fué causa de que le sucedieran otras curiosas aventuras, como pronto verán nuestros lectores en otros números.

JUAN PALOTES

perdió su gallo

El gallo de Juan Palotes se escapó de la casa...

Juan Palotes se despierta. Todavía no canta el gallo.
Juan Palotes se vuelve a dormir.

El gallo va por un caminito, va por otro y Juan Palotes sigue durmiendo.

El gallo de Juan Palotes sube a un árbol y de un árbol sube a un tejado.

Juan Palotes se despierta. "Este gallo se ha dormido".
Juan Palotes canta tres veces para despertar a su gallo.

Pero el gallo no contesta. Está lejos, en un tejado.

Juan Palotes sale a ver. De su gallo no hay más que una pluma. Negra y verde una pluma en el suelo.

Juan Palotes se pone las botas, se pone el gorro y toma un bastón. Va por un caminito y va por otro.

—¿No viste al gallo de esta pluma?

Y todos le dicen que no.

Que no, que no.

Va por un caminito y va por otro.

—¿No viste pasar un zorro?

Y todos le dicen que sí.

—Ese es el zorro que se comió mi gallo que cantaba por las mañanas y sólo me dejó esta pluma. ¿Para qué me sirve una pluma?

—Para ponértela en el gorro.

Juan Palotes se pone la pluma en el gorro. Es un coquete negro y verde. Y alto el palo, a grandes trancos, va a buscar al zorro feroz.

Juan Palotes está furioso. Cuando pasa, la gente se esconde.



Juan Palotes regresó con su gallo perdido



Llega la noche y Juan Palotes, ya cansado de caminar, se duerme junto a una pared.

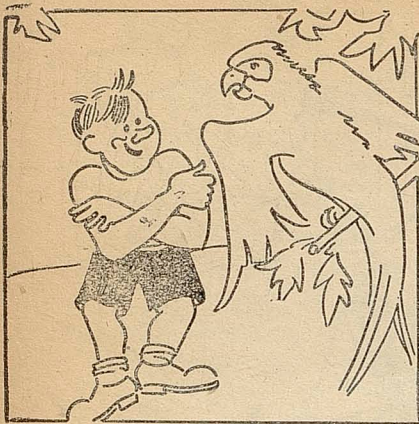
Sale el sol y un gallo canta:

—¡Dame mi pluma! ¡Dame mi pluma!

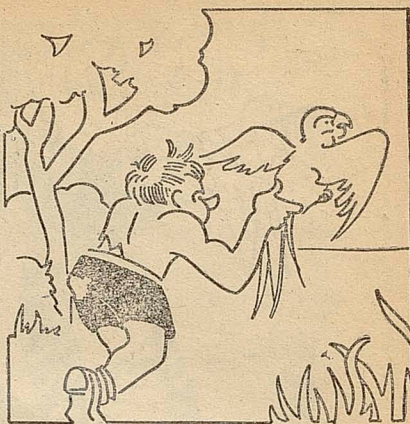
Es el gallo de Juan Palotes y Juan Palotes se despierta.

Y por un caminito y por otro y por otro, Juan Palotes vuelve a su casa, el gallo al hombro y en el gorro la pluma, larga, verde y negra.

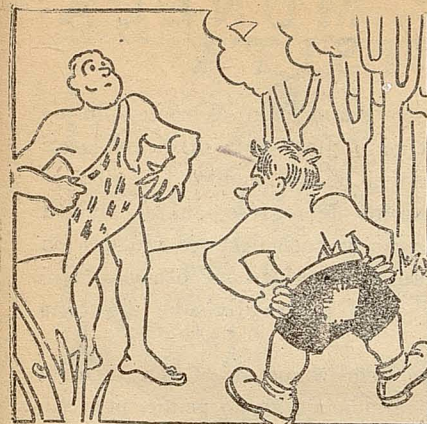
CHASCON contra TARZAN — El encuentro en el bosque



1.—Cuando Chascón llegó al bosque, en busca de Tarzán, para combatir con él, vió a un lorito que gritaba: Tarzán es el más valiente... Tarzán es el más poderoso...



2.—Chascón, bastante molesto, le pidió al lorito, que lo llevara donde estaba Tarzán. Chascón no creía que hubiera nadie más poderoso que él.



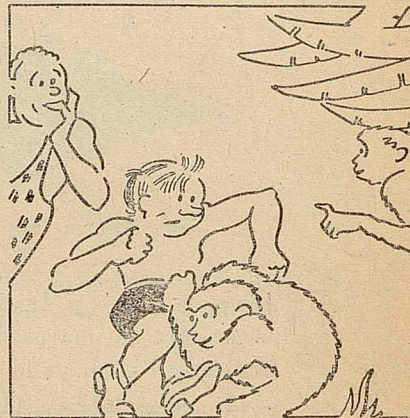
5.—Tarzán asombrado al ver esto, se acercó a Chascón y le dijo que lo castigaría por su audacia. Chascón se puso a reír, lleno de confianza en sus fuerzas.



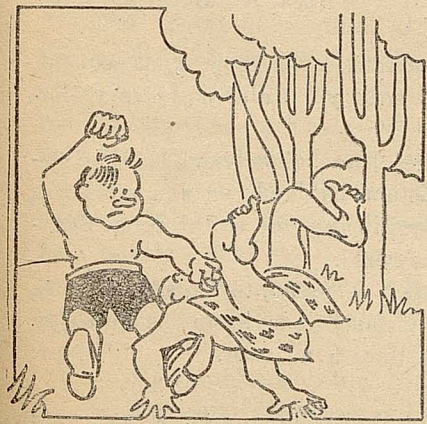
6.—Comenzó el combate, y Tarzán logró derribar a Chascón. Esto alegró mucho a los monos, que querían ver triunfar a Tarzán.



3.—Tarzán se encontraba entre sus amigos, los monos, que lo iban a coronar. Los monos querían tenerlo de rey. Entonces, Chascón lo desafió.



4.—Un mono gigantesco salió en defensa de Tarzán, y se puso a pelear con Chascón. Fué un combate terrible. Pero Chascón le dió una buena paliza al mono.



7.—Pero Chascón era fuerte y porfiado. Después de luchar con verdadera furia, consiguió poner de espaldas a Tarzán, derrotándolo por completo.



8.—Asustado al ver lo que le ocurría, Tarzán echó a correr como si lo persiguieran. Mientras Tarzán huía, los monos coronaron a Chascón, porque querían que su rey fuera el más valiente y el más poderoso.

EL HADA MUÑECA DE LUISITA

Cierto día Luisita paseaba empujando el cochecillo de sus muñecos y casi sin darse cuenta, llegó a la orilla del gran estanque situado a corta distancia de su pueblo. La niña se disponía ya a emprender el camino de regreso, cuando oyó el ruido de algo que se caía al agua y poco después vió que en la superficie se originaban grandes círculos concéntricos. Miró atentamente y le pareció que en el centro divisaba algo que se movía.

Casi en el mismo instante llegó a sus oídos una vocecita que pedía socorro. Luisita, extrañada a más no poder, pero sin asustarse por eso, miró mejor. Creyó reconocer una cabecita y casi instintivamente arrancó una larga rama de un arbusto que tenía al lado, y, tomándola por un extremo, se acercó a la orilla del agua y la tendió hacia aquel ser que nadaba valerosamente y que de una manera confusa, le pareció una niña muy pequeña.

Entonces vió que se agarraba a la rama una pequeña hada, de cabello negro, con el traje y las alas mojadas y chorreando agua.

—¡Oh, gracias! ¡Gracias! ¡Me has salvado la vida! — exclamó el diminuto ser. — Estaba hablando en una rama con la Ardilla, cuando perdí el equilibrio y me caí al agua. Suerte he tenido de que estuvieses cerca.

—¿Qué vas a hacer ahora? — preguntó Luisita al verla en tan lamentable estado. — Estás calada hasta los huesos y no hace sol. Vale más que te lleve a mi casa.

—¡Pero...!

—No tengas miedo—le dijo la niña.—Te secaré ante el fuego, te daré ropa de mis muñecas y si quieres dormir, te prepararé la cama en la casa de muñecas. Ya verás como estarás bien. Ahora puedes ponerte el chal de una muñeca y te llevaré en el cochecillo.



— Tendió la rama a un hada pequeña

Tal vez el hada quiso, al principio, negarse, mas eran tan bondadosos los ofrecimientos de la niña y le inspiró Luisita tal confianza, que no opuso ningún reparo. Se abrigó con un caliente chal de lana, Luisita la subió al cochecillo y se volvió apresuradamente a su casa.

Una vez en ella, llevó al hada a su cuarto de juego y, desnudándola con el mayor cuidado, la llevó ante el fuego, para que se calentase. Luego la vistió con la ropa de una de sus muñecas, que, por cierto, le sentaba perfectamente, y se disponía a acostarla, pero el hada, al mirar sus alas, exclamó:

—¡Dios mío, mis pobres alas! ¡Han quedado inservibles!

—¿De veras? — preguntó Luisita, asustada. — ¿Qué harás ahora?

—Es preciso cortar éstas y esperar a que me nazcan otras. ¿Quieres hacer el favor de cortarme estas alas mojadas?

La niña no se atrevía y aun en su fuero interno llegó a creer que el hada se engañaba, pues no era posible que volvieresen a crecer unas alas tan bonitas como aquéllas; mas, al fin, y vencida por los ruegos de su nueva amiguita, tomó las tijeras de su canastilla, de labores y le cortó las alas, que guardó luego en una caja a guisa de recuerdo, porque eran tan hermosas como las de una mariposa.

Acostó luego a la pobre hada, le dió un vaso de leche caliente y cerró la casa de muñecas, para que nadie se diese cuenta de su presencia. A la mañana siguiente, el hada estaba ya repuesta, pero como no tenía alas no le fué posible marcharse, de manera que casi por fuerza tuvo que aceptar la hospitalidad que le ofrecía Luisita.

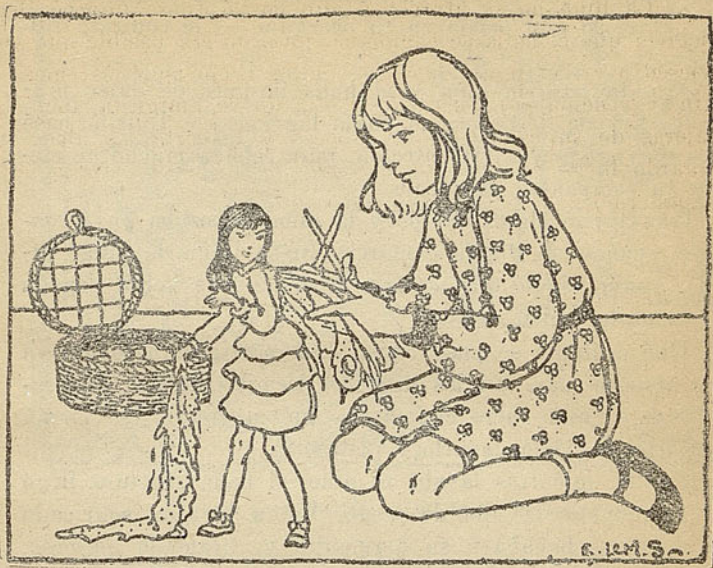
Entre las dos convinieron guardar el secreto de su estancia en la casa y que si alguna vez entraba en el cuarto de juego la mamá de Luisita o alguna criada, el hada fingiría ser una muñeca.

Así tuvo que hacerlo varias veces, pero nadie en la casa concibió la menor sospecha.

Por lo demás, el hada y la niña se entendían muy bien y se hicieron muy amigas. Luisita se pasaba en el cuarto de juego cuantas horas le quedaban libres y no pensaba en hacer travesuras, de manera que su mamá estaba encantada, aunque no comprendía la causa de aquel buen comportamiento.

Poco a poco empezaron, efectivamente, a apuntar las alas del hada. Esta miraba complacida sus progresos, en tanto que Luisita se ponía muy triste. Pronto fué necesario hacer dos cortes en la espalda del traje del hada Rosaura, pues así dijo llamarse, a fin de dejar pasar las alas, y cuando apenas habían transcurrido quince días de su llegada, ya Rosaura podía volar como antes, y por lo tanto, había llegado el momento de la separación.

—No tendré más remedio que marcharme, querida Lui-



Luisita le cortó la ala

sita — dijo un día Rosaura. — Ya mis nuevas alas son tan fuertes como las otras y no puedo seguir abusando de tu hospitalidad.

—¡Oh, cuánto desearía que te quedaras para siempre!

—Es imposible. Dentro de pocos días me marcharé. No hay otro remedio. Tengo que cumplir con las obligaciones que me ha impuesto la Reina de las Hadas. Y como has sido tan buena tan cariñosa, quisiera recompensarte. ¿Puedo hacer algo en tu favor? ¿Deseas alguna cosa?

Luisita no quería pensar siquiera en la separación, pero en fin hubo de resignarse y cuando el hada le preguntó nuevamente si quería algo, le contestó:

—Mira, cuando estoy sola, me aburro mucho, porque no tengo a ningún hermano con quien jugar. ¿No podrías ha-

cer de manera que tuviese un hermanito o una hermanita?

Haré lo que pueda en tu obsequio — le contestó Rosaura.

Despidiéronse la niña y el hada después de darse muchos besos y de derramar no pocas lágrimas, y Luisita pasó varios días triste y cariacontecida, pues echaba mucho de menos a su compañera de juegos.

Transecurió algún tiempo y la niña empezaba ya a consolarse, cuando un día la camarera fué a llamarla, muy excitada, anunciándole que aquella misma noche había llegado un hermanito recién nacido.

¡Qué contenta se puso Luisita! A partir de entonces ya no se aburrió más. En los primeros tiempos apenas le dejaban tocar al niño, pero cuando ya fué mayorcito, su mamá le permitía cuidarlo, lavarlo y distraerlo.

Un día, mientras lavaba al niño, el hada Rosaura llegó a la ventana de la sala de juego. Vió a la niña sonriendo feliz mientras bañaba a su hermanito y, tirándole un beso, murmuró:

—Ahora, Luisita ya no me necesita. Ya tiene un buen compañero de juego.

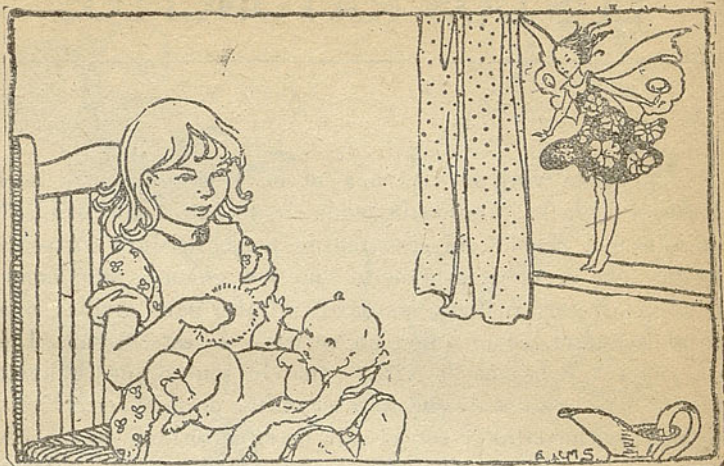
Y sin decirle nada, se alejó volando.

Luisita se quedó, entonces, llena de curiosidad. ¿Dónde viviría el hada Rosaura? Quería descubrir su vivienda, para agradecerle el bien que le había hecho.

Pero por mucho que la buscó a través del jardín, a la mañana siguiente, y al atardecer, no pudo encontrarla.

—¿Dónde viven las hadas, mamá?—le preguntó Luisita a su madre.

Esta se quedó mirándola, sonriendo. La buena señora tampoco sabía dónde tenían las hadas su habitación, de manera que no supo qué contestar. Esto puso a Luisita un poco triste y esa noche se durmió algo más tarde que de costumbre.



La hada Rosaura la miró desde la ventana

Pero resultó que en cuanto se quedó dormida, en su sueño fué visitada por el hada Rosaura. Venía el hada vestida lo mismo que una princesa. En su carita había una sonrisa bondadosa. Mirando a Luisita, le dije con una voz que parecía una música celestial:

—Hijita mía, no trates de saber dónde vivimos nosotras las hadas. Este es un secreto que no queremos revelar a nadie.

Luisita le rogó entonces que se lo dijera y tanto insistió que Rosaura le contestó con su bondad tan conocida por sus hermanas del bosque y del cielo:

—Nosotras las hadas, mi querida Luisita, vivimos en el sueño de los niños. Es decir, tenemos nuestro palacio en la noche, al final de las sombras, y cuando los niños son buenos pueden llegar hasta nosotras mientras duermen.

Esto alegró mucho a Luisita y desde entonces, en sueños, conversó a menudo con su amiga el hada.

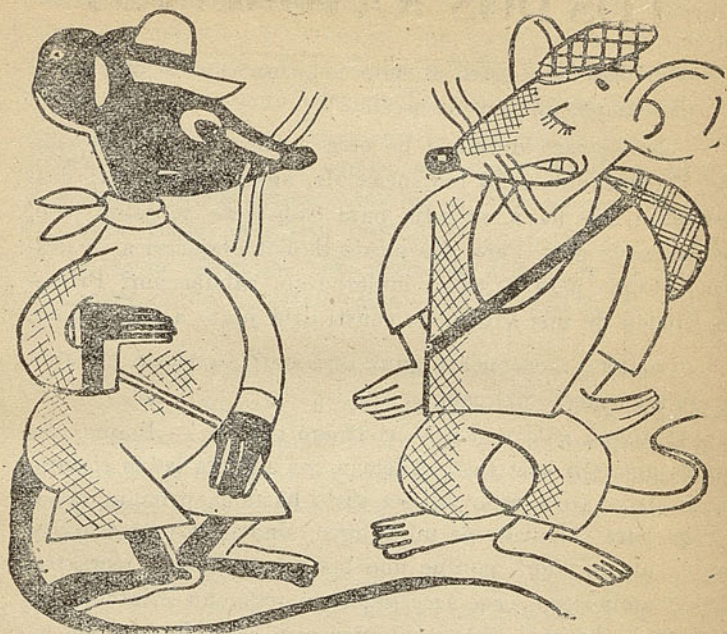
LOS DOS RATONCITOS

El ratón viajero pasó una noche y un día, otra noche y otro día, en la humilde vivienda de un ratón campesino. No quiso comer cebolla, ni cáscaras de papa, ni dura corteza de tocino. No decía abiertamente "no me gusta", pero cuando le ofrecían esos rústicos manjares miraba para arriba en actitud soñadora, como quien no ve nada de este mundo. Daba un suspiro y bajaba la vista cuando sentía que le habían puesto cerca granos de choclo o escamitas de miel seca. Eso sí: tenía finos modales, y con el aire de superioridad de sus finos modales, daba a entender, más cabalmente que con palabras, que tal o cual cosa merecía su desdén. Había visto mucho mundo — era un ratón viajero —, y por consiguiente, no sorprendía que nada llamase su atención en la humilde vivienda que lo albergaba.

En el tercer día se asomó a la cueva, situada al pie de un árbol medio hueco, se atusó los bigotes, clió el aire a uno y otro lado y dijo:

— Parece que hoy no va a llover y no hay lechuza a la vista. Me pondré en camino. No sé si usted sabe, amigo, que los turistas tenemos que viajar siempre.

El ratón campesino tenía un defecto, que quizá se le pueda perdonar teniendo en cuenta sus sólidas buenas cualidades. Se enorgullecía de su trabajo. Todo lo que poseía lo había hecho sin ayuda ni consejo de nadie, trabajando sin descanso noche tras noche, desde la puesta hasta la salida del sol, sin desanimarse por los contratiempos y aprovechando ingeniosamente los escasos elementos del lugar. Este era su mérito; y su defecto, el esperar que admiraran su trabajo y lo alabaran por



— Yo no tengo casa—dijo el ratón viajero

él Como el visitante no había dicho nada al respecto y parecía dispuesto a retirarse, le preguntó, disimulando el vivo interés que sentía por la respuesta:

—¿Qué le ha parecido mi casa? Todo es obra mía.

—Está bien — dijo el otro con tono distraído—, pero... no está bien. ¡He visto tantas! Yo, en su caso, habría hecho la entrada más redonda y más alta — vea que está casi al nivel de la creciente — y más orientada a la izquierda. El suelo del pasadizo es a ojos vistas, irregular. Yo, en tal caso, lo cubro con hojas de trébol. ¿Por qué no le hizo dos salidas en vez de una? Yo necesito dos. Yo hubiera puesto el dormitorio

y la plataforma de vigilancia en ángulo recto con la entrada. Pero, ¿qué estoy diciendo? ¡Si no tiene dormitorio ni plataforma!

—Sin embargo, usted durmió como un rey — observó el ratón del campo, un poco amoscado.

—En mi casa dormiría de otra manera — dijo el visitante, y continuó—: Es indispensable, amigo, rehacer la despensa para que haya un sitio para cada cosa y, sobre todo, aprovisionarla más. Pero, ¿se puede llamar despensa a su despensa? ¿Cómo pasa usted el invierno sin calefacción? Primera condición de una vivienda: construirla junto a una cocina.

—Cocina... cocina... ¿qué será eso? — pensó el ratón que vivía en medio del campo.

—Hubiera sido mejor — continuó el otro — limpiar los caminos que van a la casa. Además, yo hubiera roído el interior del árbol para subir sin ser visto hasta la primera rama. No digo para salvarme de un peligro, sino para entretenerme como en un mirador porque uno también necesita recrearse. Créame, amigo: su casa necesita, ante todo, un mirador. Yo lo habría hecho antes que cualquier otra cosa. Parece que no va a llover... — repitió, disponiéndose a partir.

—Yo no salgo de estos lugares, porque siempre hay aquí mucho que hacer — dijo el ratón del campo—, pero quién sabe si alguna vez no tendré el honor de devolverle la visita. ¿Dónde vive usted? Me agradaría conocer su casa...

—¿Mi casa? ¿Cuál? ¿Para qué? ¡Yo no tengo casa!

—¡Usted no tiene casa! — exclamó el ratón del campo.

—Nunca la tuve. No la necesito. ¡Soy turista!

—¿De modo que usted habría hecho todo mejor que yo y nunca ha intentado siquiera hacer lo poco que yo hice? Es muy fácil hacer las cosas mejor que yo cuando se las hace, como usted, con palabras.

El ratón del campo experimentó una de las grandes satisfacciones de su trabajada vida — no olvidemos aquel defecto que tenía—, satisfacción que habría sido mayor si el otro le hubiese oído. Pero el otro se había puesto a mirar para arriba, como soñando, lejos de las cosas de este mundo.

Esta actitud del ratón turista, que no tenía casa, enojó un poquito al ratón campesino, acostumbrado a trabajar y a que se le escuchara mientras él hablaba con su vocecita aguda como un clarín pequeño.

—Como usted no tiene casa—le dijo al ratón viajero— no tendré nunca la satisfacción de ir a verle y de criticarle su vivienda.

El ratón viajero se retorció el bigote y le contestó:

—Efectivamente, nunca podrá usted ir a visitarme; pero, amigo, eso no importa. Ya pasará yo de nuevo por estos campos y vendré a charlar un rato con usted. Así verá si ha hecho usted, en su casa, todas las mejoras que le acabo de recomendar.

El ratón campesino miró para otro lado, para que su huésped no le viera en la cara su malhumor. Pero, cuando volvió a mirar, ya el ratón viajero había desaparecido. Sin decir palabra, haciendo una graciosa reverencia, había echado a andar por los caminos, contento de andar por el mundo, libremente, lo mismo que un príncipe.

Mientras el ratón viajero se alejaba más y más, el ratón campesino pensaba:

—En realidad, no tengo muchas comodidades; pero, ante todo, soy un ratón que trabaja y lucha. Sin embargo, trataré de conseguirme un mirador. Al fin y al cabo, debe de ser bastante divertido mirar el campo desde las alturas.

Y no pensó más el ratoncito, porque como siempre andaba más o menos atareado no le quedaba tiempo para entregarse al ocio.

Isabelita y la araña

Una noche, cuando Isabelita se disponía a acostarse, vió en el techo una araña enorme.

—¡Oh, mamá, ven en seguida!—dijo asustada.—Mata esta araña. Es muy grande.

Mamá salió del cuarto de baño y contempló la araña.

—¿Por qué quieres que la mate? — preguntó—. No te ha causado ningún daño. Por el contrario, es un animal útil, puesto que tiende sus telarañas y caza las moscas que nos ensucian la comida y zumban ante nosotros de un modo tan desagradable. Este animal es un amigo nuestro y no un enemigo.

—Pero es muy feo — dijo la niña—. No me gusta.

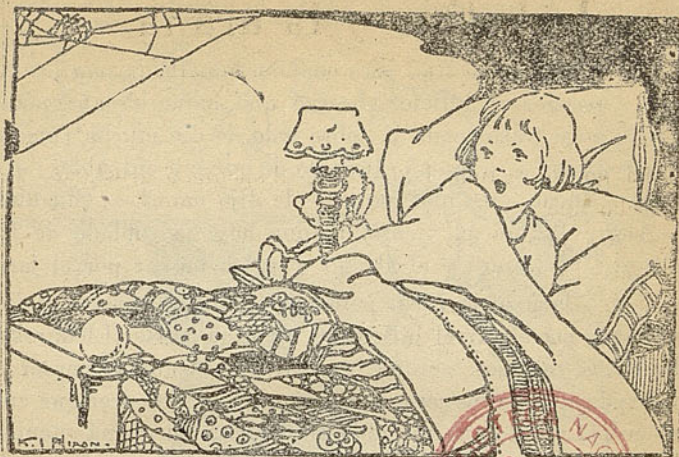
—Tú también eres muy fea cuando te portas mal — le dijo su mamá riéndose—. Y, sin embargo, yo no te pego con un fajo de papeles de periódicos. Vamos a ver, Isabelita, no seas cruel con un pobre animal que no quiere asustarte ni perjudicarte en lo más mínimo. Si quieres, me la llevaré al jardín y así no tendrás nada que temer.

—La llevaré yo — dijo Isabelita, ya avergonzada de sí misma—. No he querido ser mala. Unicamente no me había dado cuenta.

Tomó una caja vacía, se subió de pie en la cama y cogió a la araña dentro de la caja. Se apresuró a hacer caer la tapa y luego, llevándola a la ventana, la dejó caer entre las matas que había al pie.

—Ya está — dijo—. Eso te demostrará que no soy cruel. No quiero hacerte ningún daño, araña.

A la mañana siguiente, Isabelita se había olvidado ya de la araña. Y le ocurrió algo tan extraordinario, que no pudo



Vió en el techo una enorme araña

pensar en nada más. Llegó para ella una carta de la tía Rosita y en ella venían cinco pesos. Cinco pesos para Isabel. ¡Cuán rica se creía!

“Me olvidé de hacerte un regalo el día de tu santo — le escribía su tía—, de modo que ahí tienes ese dinero para que te lo gastes como quieras.”

—Esta misma tarde saldré a comprar una cuna para la muñeca — dijo Isabelita—. Me hace mucha falta y en la tienda de juguetes he visto una marcada en cinco pesos. ¡Qué suerte!

—Guárdate el dinero en el maletín — le dijo su mamá—. Los billetes son arrastrados fácilmente por el viento.

—Bueno — dijo la niña echando a correr en busca de su maletín.

Pero, al entrar en su cuarto, dejó el billete sobre la mesa, para ir a comunicar a su muñeca su proyecto de comprarle una cuna. No se acordó más de él y como, de pronto, penetrase en

la habitación una racha de viento, lo arrastró, llevándosele al jardín.

La niña no se fijó, pero cuando, aquella misma tarde, subió a recoger el billete, observó que había desaparecido se quedó muy trastornada y, sobre todo, le dio mucha pena tener que confesar a su mamá el olvido de que era culpable.

—Bueno, eres una tonta — le dijo mamá—. Sin duda se lo habrá llevado el viento, porque hoy ha soplado de firme. Ponte el sombrero y el abrigo, y sal a buscar por el jardín.

Así lo hizo la niña, pero por más que registró el jardín, no pudo encontrar el billete en ninguna parte. Llenáronse de lágrimas sus ojos, porque le resultaba espantoso perder cinco pesos de aquella manera, y mucho más al reconocer que era por su culpa, puesto que no había obedecido a su mamá cuando ella le recomendó que lo guardase en el maletín.

No le quedaba por registrar más que la cerca del jardín. Empezó a pasear por el pie de ésta y, de pronto, creyó ver, a cierta altura, algo parecido a un papel, de forma rectangular. Tomó entonces una caja vieja, la acercó al pie de la pared y, en efecto, no tardó en descubrir el billete, pero cogido en una telaraña.

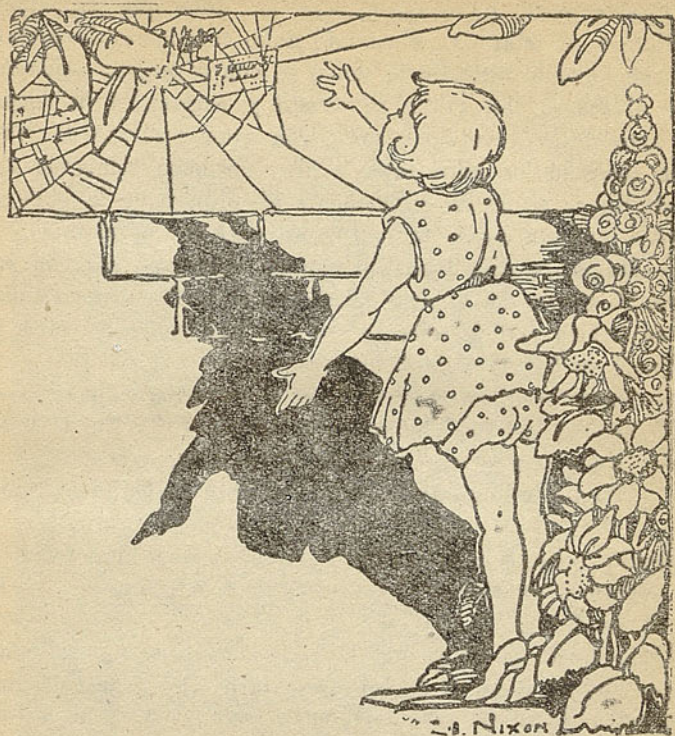
Esta era enorme. Extendíase desde la parte superior de la cerca hasta la rama de un peral. Habían caído ya muchas moscas en ella, y además el billete de Isabelita.

—¡Qué cosa tan rara! — exclamó la niña, muy satisfecha—. Pero ¿cómo sacaré el billete sin estropear la red?

Volvió corriendo a la casa y llamó a la mamá. Ambas salieron de nuevo al jardín y mamá se extrañó muchísimo al ver cómo el billete estaba cogido por la telaraña.

—Soplaré suavemente la telaraña — dijo—. Y quizá acudiré la araña para ver si ha caído algo. A veces las arañas cortan de su tela todo lo que no necesitan y luego arreglan el corte.

Mamá sopló suavemente y el billete hizo estremecer la



La telaraña era muy grande y llegaba hasta el peral

telaraña. Casi en el centro de ella y por debajo de una hoja, salió una enorme araña y la niña profirió un grito de sorpresa.

—¡Mamá! Estoy segura de que es la misma araña que anoche saqué de mi cuarto. Es de igual tamaño y también tiene una marca idéntica en la espalda.

—En efecto, lo parece — contestó mamá—. Mira, ahora está empezando a cortar la red en torno del billete. Eso es notable.

Poco a poco, la araña ~~rom~~^{rom}ía los hilos que sujetaban el billete a su telaraña. Y cuando hubo terminado de cortar el último, mamá extendió la mano y, con el mayor cuidado, retiró el dinero. La araña se asustó y emprendió la fuga, pero poco después volvió a salir, con gran contento de Isabelita, reanudó los hilos rotos e hizo un buen remiendo en la red. Luego se ocultó nuevamente al amparo de la hoja y esperó a que una mosca tonta fuese a caer en su telaraña.

—Mamá — dijo Isabelita cuando volvía a casa con su madre. Si anoche no hubiese puesto en el jardín a esa araña, ella no habría podido tejer la red que hay sobre la cerca y mi dinero se habría perdido para siempre.

—Ya te he dicho muchas veces — contestó su mamá — que la bondad siempre obtiene su recompensa. Tú fuiste buena con la araña y ella te ha salvado tus cinco pesos.

—¡Vamos a comprar la cuna! — gritó Isabelita—. ¡Qué bien

Salió, pues, con su madre y se fué a una juguetería.

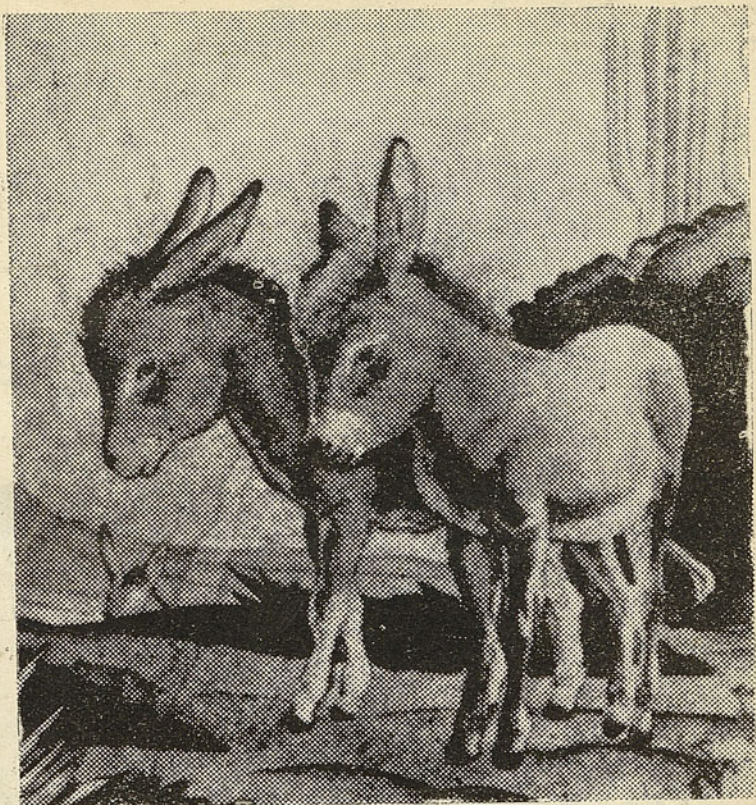
—Quiero una cuna bien bonita para mi muñeca — le dijo al vendedor.

Este buscó en la tienda la cuna más preciosa de todas las que tenían y no tardó en presentarle a Isabelita una cuna maravillosa, de esas que hacen soñar a todas las muñecas que hay en el mundo.

Isabelita sacó sus cinco pesos para pagar. El vendedor tomó el billete y volvió trayendo muchas monedas y billetes, para dárselas de vuelto.

¿Qué había sucedido? El billete de Isabelita se había convertido en cien pesos y como la cuna costaba nada más que cinco, el vendedor devolvía todo el dinero que sobraba.

Esto llenó de alegría a Isabelita y a su madre la hizo sonreír, porque para premiar el buen corazón de su hija, había cambiado el billete en la cartera de la niña por otro de cien pesos.



El burro flautista

Cerca de unos prados
que hay en el lugar
pasaba un Borrico
por casualidad.

Una flauta en ellos
halló, que un zagal
se dejó olvidada
por casualidad.

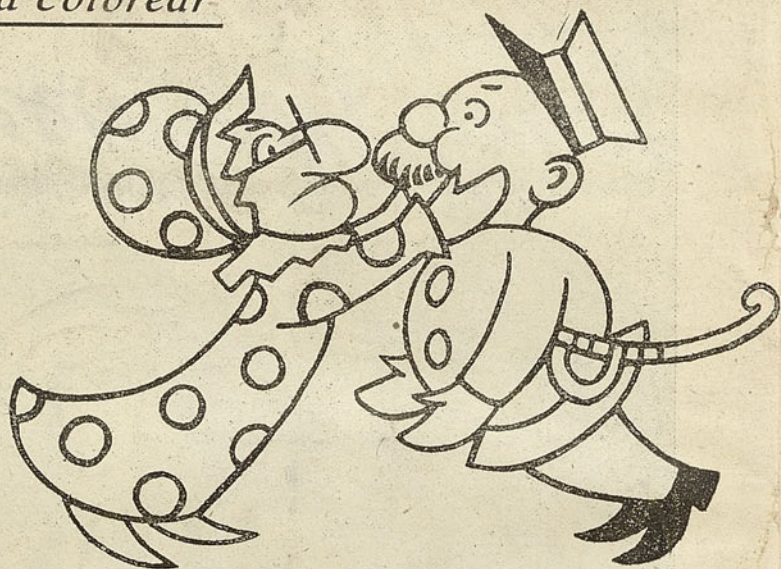
Acercóse a olerla
el dicho animal:

y dió un resoplido
por casualidad.

En la flauta el aire
se hubo de colar,
y sonó la flauta
por casualidad.

Sin reglas del arte
borriquitos hay
que una vez aciertan
por casualidad.

Para colorear



Estos bailarines están muy contentos. Lo estarán mucho más todavía si se les pinta el traje, para que queden más contentos.